

EL ÁRBOL DE LA VIDA

MAGDALENA VELASCO KINDELÁN. Doctora en Filología Románica.



Retrasaba el ver esta comentada película –Palma de Oro en Cannes 2011– porque, ante la división de la crítica, creía que me iba a defraudar; pero por el contrario, reconozco que me ha emocionado y hasta conmocionado. Diría que propiamente no es una película, sino una profunda experiencia vital, moral, religiosa y metafísica. Así que si a alguien le molesta que le interpielen, le saquen de sus casillas, le inviten a pensar y salir de sus límites consabidos, que no vaya a verla. Si lo que quiere es distraerse y evadirse, que no vaya a verla.

Tienen razón todos los que odian “El árbol de la vida”, diciendo que es una película pretenciosa y grandilocuente; los que se salen del cine a la media hora; los que se duermen y bostezan; los que señalan sus fallos.

Y también tienen razón los que salen del cine sacudidos y pensativos, los que no tienen palabras para explicarse, los que pasan varios días repasando en su cabeza lo que han visto y oído, intentando comprender; los que se replantean cosas de su vida, como su relación con la naturaleza y con la gracia.

Es preciso dejar ideas convencionales acerca de narración, escenas, guiones, diálogos, música y acción; aquí no sé si hay cine, pero sí hay una reflexión profunda y efectiva acerca de la vida y de la muerte. Vemos como cada uno es un granito de arena entre millones. Cada hombre, cada mujer, con su dolor, su amor, su vida y su muerte ¿importan a Dios? El que lo ha creado todo ¿se ocupa de sus criaturas? Terrence Malick- guionista y director-, propone una respuesta a la vez directa y ambigua, una respuesta que abarca desde la creación hasta el paraíso, el

reencuentro tras el dolor y la vida. Y lo hace a través de un ejemplo entre millones, una familia americana de padres sinceramente religiosos que buscan respuestas ante la muerte de uno de sus hijos. ¿Por qué el dolor?

La película no es linealmente narrativa, sino sincopada, de escenas breves y significativas mezcladas con imágenes simbólicas de gran belleza e impacto; está llena de metáforas visuales, sobre el fondo de una música plenamente integrada.

Pero la fuerza de las imágenes y de las palabras no es unívoca, admite interpretaciones, lo que exige al espectador un esfuerzo intelectual y cordial. Si no se hace este esfuerzo, la película resulta rara y extravagante, incomprensible y misteriosa. Pero me parece que hay tanta verdad en las imágenes, tanta huída de lo convencional y consabido, que uno da gracias por aquellos artistas capaces de acudir al fondo de verdad que hay en todo ser humano aún no estragado por la mentira en que diariamente nos movemos.

En mi opinión, “El árbol de la vida” es cine de verdad. ■

EL RINCÓN DEL TEATRO



JAVIER PÉREZ-CASTILLA

En tiempos terribles, como los que nos han tocado vivir; tiempos en que la economía, los recortes salariales y sociales, las cantinelas políticas y la preterición de la auténtica cultura marcan el camino difícil que debemos transitar no está mal que los clásicos vengan a salvarnos a través de la sonrisa. Las tres obras que se representaron en el Teatro Pavón de Madrid, sede de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, apuntan en esta dirección.

El espectáculo titulado *Entremeses Barrocos* recoge obras cómicas de Calderón de la Barca, Agustín Moreto y de Bernardo de Quiros. Diversos directores se hacen cargo de la puesta en escena de estos entremeses, mereciendo, asimismo, diversa sanción crítica sus respectivos trabajos. Por lo general, como ya habrá podido advertir el avisado lector de este *Rincón*, creo que son encomiables las direcciones que respetan el espíritu y la forma de las obras representadas, y no aquellas otras que, a socaire de una rancia posmodernidad, utilizan el texto como pretexto de las fantasías personales y alicortas. Como ejemplo de lo primero, señalo el entremés titulado *El Toreador*. Mi felicitación, pues, para Héctor del Saz.

Desde hace muchos años estimo que una de las funciones más importantes de la CNTC estriba en dar a conocer autores y obras olvida-

das por el gran público. Tal es el caso de la hermosa comedia *Las Gracias Mohosas* de Feliciano Enriquez de Guzmán. Acierto en la elección de esta obra por parte de la compañía invitada "Teatro del Velador" que, de esta forma, rescatan a esta dramaturga. Divertidísima pieza en la que un grupo de pícaros compiten por el amor

de unas feas doncellas. Juan Dolores Caballero, director y adaptador, hace un trabajo realmente meritorio. Aún recuerdo con satisfacción las máscaras, la música y la gracia de unos actores a los que deseo la mejor de las suertes en sus carreras profesionales. Parece que esta estética de lo feo es un denominador común en las obras representadas por la compañía. Bienvenida sea.

El mayor elogio que se puede hacer a la versión de Eduardo Vasco de *El Perro del Hortelano* radica en que no nos hace añorar la magnífica película de Pilar Miró. Al contrario, toda la calidad dramática de Lope aflora en las tablas del Pavón. Vasco es consciente de este desafío y comenta: "Tras su composición y estreno en el siglo XVII *El perro*...debe esperar a 1806 para ser reestrenada en el Coliseo de la Cruz, convertirse en el taquillazo de la temporada e iniciar entonces el camino que la convertiría no solo en una de las obras más conocidas y representadas de Lope, sino en uno de los títulos principales con los que se conseguiría, dos siglos después, la reciente recuperación de nuestro teatro clásico que comenzó en los años ochenta. La película de Pilar Miró, del año 1995, haría el resto". Con esta obra se despide Eduardo Vasco de la dirección de la CNTC. Confiamos en que su prestigiosa sucesora continúe y mejore, si cabe, el trabajo hasta hoy realizado. ■